

## CHASCON

AÑO I N.º 11 8 Julio de 1936

Redacción y Administración: Agustinas 1639. —Casilla 2787.

#### REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES



Está muy apurada sirviendo el almuerzo porque quiere quedar libre, para leer en este número de CHASCON las aventuras de Pitirriti.



2

Esta idea le puso mayor velocidad todavía en las piernas. Corría como un galgo, agachada la cabeza, y cada vez iba escuchando más lejanamente el rumor espantoso de los cañones. Por último, se detuvo a respirar un poquito. Entonces vió que llevaba una lanza en la mano y se dijo lleno de rabia y orgullo.

—Menos mal que vengo armado. Si quieren tomarme preso harto trabajo les va a costar. Soy un hombre fuerte. Con toda facilidad puedo traspasar a seis hombres de una lanzada. ¡Ay del que se atreva conmigo!

De repente, vió frente a él una fogata. Hasta sus oídos llegaron voces desconocidos. Entonces Tarzán avanzó a paso de lobo. Quería darse cuenta de la laya de personajes que allí se hallaban reunidos. Anduvo, pues, sin hacer ruido y, sin que le vieran, llegó hasta muy cerca de la hoguera. Vió, entonces, a tres indios que charlaban entre ellos, muy tranquilos.

—Mañana celebraremos la fiesta del cocodrilo sagrado—decía uno de los indios.

Es necesario que nos preparemos para danzar todo un día y una noche.

Tarzán no quiso hablar con los indios. Temió que fueran jefes de una tribu muy numerosa y que lo apresaran. Además, había oído decir que los indios que adoraban al cocodrilo eran muy crueles. De manera que resolvió marcharse sin que le divisaran ni siquiera la punta de la nariz.

—¿En qué aventuras me veré metido? se preguntó. ¡Ya estoy cansado de mi mala suert∕

THE OWNER WHEN THE PROPERTY OF

(Siga leyendo las páginas centrales de esta revista y encontrará algo más interesante)

## Pitirriti, generalisimo de los hombres flacos

Qué contento iba Pitirriti camino de Flaculandia, (Flaculandia era la capital del país de los hombres flacos).

Pues, señor, como digo, iba nuestro buen Pitirriti andando, pensando en los medios de llevar a cabo su difícil empresa. ¡Hacer que Flacuchón XXV, el rey de los hombres flacos, consintiese en el matrimonio de su hijo, el príncipe Finin, con la princesa Redondita.

El tal Flacuchón tenía un genio tan endemoniado, que para darle los buenos días había que ponerse coraza.

Pero a Pitirriti no le asustaban las dificultades, y pensaba salir triunfador, como había salido siempre en sus extraordinarias aventuras.

#### II

'A la caída de la tarde llegó Pitirriti a Flaculandia.

No os podéis imaginar el contraste que ofrecían les habitantes de este país con los de Gordinflonía. Si allí todos eran gordos, redondos, coloradotes y enormes, aquí todos eran delgadísimos, esmirriados y de color de cera. Aquella delgadez era verdaderamente extraordinaria. Los flaquines (así se llamaban los de aquel país) parecían hechos de alambre; de perfil apenas se les veía. Los perros, los gatos, los caballos, todos los animales eran tan sumamente delgados, que sólo te-

níam la piel sobre los huesos. Las mujeres no podían usar abanicos, porque corrían el peligro, al abanicarse, de caerse con el aire. El rey se llamaba Flacuchón XXV, y tenía un genio de todos los diablos. Su malhumor provenía de una enfermedad que lo iba consumiendo poco a poco. ¡No se reía nunca!

Y, naturalmente como sin reír no es posible tener salud Flacuchón XXV se iba consumiendo poco a poco, sin esperanza de salvación.

En cambio su hijo, el príncipe Finín, era lo que se dice un amor de príncipe. Cariñoso, risueño, rubio y bonito, aunque excesivamente delgado, era tan simpático y tan amable que no podía vérsele sin sentirse lleno de cariño hacia él. Esto le había pasado a Redondita, y así resultaba que la princesa de los gordinflones y el príncipe de los flaquines se adoraban.

Pero, desgraciadamente, Flacuchón XXV odiaba a muerte a Tripón XVII, el rey de Gordinflonia, y se oponía con todas las fuerzas de su alma a los amores de Finín y Redondita. Con lo cual el príncipe estaba tan desesperado, que si no adelgazaba más, era por ser esto ya imposible.

Así estaban las cosas cuando llegó Pitirriti a Flaculandia.

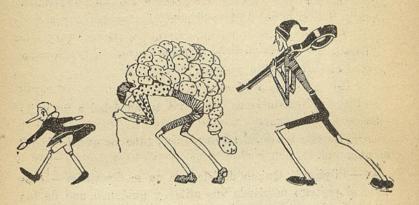
#### III

Un tal Gordón, disimuladamente, había seguido la pista de Pitirriti, y había llegado con él a Flaculandia. En seguida se fué a ver al rey, con el que tenía antigua amistad.

—Majestad— le dijo— acaba de llegar a la ciudad un hombre, que tiene el poder de hacer las cosas más extraordinarias. Al rey Tripón XVII le ha construído un palacio todo de marfil.

—Pues yo no quiero ser menos que mi odiado enemigo contestó el rey, dando un puñetazo sobre la mesa.— Que se me presente en seguida ese extranjero, y me construya otro palacio igual.

-Debo advertiros, señor, que sólo conseguiréis de él lo



Pitirriti hizo en un abrir y cerrar de ojos los preparativos necesarios para cazar a los elefantes.

que queráis con terribles amenazas, porque si no, no hará nada.

-Eso lo veremos; o hace lo que pide, o mandaré que lo corten la cabeza.

Al oír esto, Gordón salió frotándose las manos, porque lo que él quería era poner al pobre Pitirriti en tal apuro, que el rey se viese obligado a matarlo.

Efectivamente: Flacuchón mandó que trajeran inmediatamente a Pitirriti, y le dijo así:

- —Extranjero, necesito que me hagas inmediatamente un palacio todo de marfil.
- —¡Zambomba!— exclamó Pitirriti, que con la sorpresa olvidó la etiqueta.— Pero eso es imposible, señor.
  - -No admito discusiones. Dentro de dos días ha de estar

el palacio dispuesto para recibirme; de lo contrario, mandaré que te cuelguen de la más alta torre de mi castillo.

Nuestro pobre Pitirriti salió del palacio muy afligido.

Pensando en tristes cosas caminaba por un bosquecillo.

De pronto oyó una vocecita que decía:

## 42 Quien tiene fe y confianza, , todo lo puede y lo alcanza

Pitirriti levantó la cabeza y vió en un árbol a un paja-

- —Pajarito bonito, del rojo piquito, ¿que me quieres decir?. le preguntó.
- —Pi-pipp...Quiero decirte que no te desesperes— contestó el pajarito moviendo sus alitas y guiñando uno de sus ojitos.
- —; Ay, pajarito! ¿Sabes que si no construyo un palacio de marfil me ahorcarán?
- —Pues constrúyelo—contestó el pajarito, como si se tratase de la cosa más sencilla del mundo.
- —Pero, ¿dónde voy a encontrar todo el marfil que necesito?
- Eso es muy fácil— dijo el pajarito dando un saltito a otra rama.—Mira, en aquel estanque que se ve alli—y señaló un hermoso estanque que había a unos cincuenta metros—vienen a beber todos los elefantes de estos contornos. Alli los puedes cazar y quitarles los colmillos. Ahora arréglatelas tú.

Y dicho esto, abrió sus alitas y tendió el vuelo, mientras gorjeaba una especie de polka.

No necesitaba Pitirriti más. Al momento se le ocurrió una idea genial, como todas las suyas, y corriendo como un gamo se dirigió a la ciudad.

IV.

No habían transcurrido dos horas cuando Pitirriti, de vuelta de la ciudad, llegaba al estanque de los elefantes. Le acompañaban dos flaquines. Uno llevaba unas grandes tena-



El rey le amenazó con la muerte si no cumplia sus deseos

zas, y el otro estaba casi oculto por un enorme montón de esponjas. Detrás venía una fila de carros cargados con enormes toneles. La extraña comitiva se detuvo al borde del estanque. Entonces Pitirriti dijo unas palabras al hombre de las espon-

jas, y éste las arrojó al agua. Naturalmente, las esponjas se empaparon y entonces el hombre las fué retirando y escurriendo. Repitió esta operación varias veces, hasta que el estanque se quedó completamente seco. Una vez conseguido esto, Pitirriti ordenó que se aproximaran los carros, y abriendo las espitas de los toneles, fué vertiendo en el estanque su contenido. Al cabo de media hora el estanque estaba otra vez lleno de un líquido claro y transparente, que a primera vista parecía agua. Pero no era agua, ¡era aguardiente!

Al poco rato se oyó un ruido ensordecedor. Eran los elefantes que venían, después de haber comido, a beber, como de costumbre. De pronto uno de los elefantes levantó la trompa y con aire extrañado dijo:

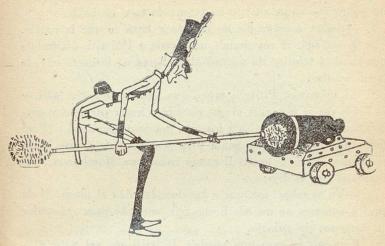
—¡Hombre! ¿No notáis que hoy tiene el agua un sabor

—Pero muy rico—contestó un elefante joven, guiñando los ojillos y dando traspiés.

— Viva la República! — gritó un elefante de ideas avanzadas, completamente borracho.

Mientras tanto otros bailaban, otros daban saltos mortales, otros echaban discursos. Aquello parecía una casa de elefantes locos. Como los pobres no estaban acostumbrados al aguardiente, el efecto que éste les produjo fué terrible. Al final fueron cayendo al suelo, víctimas de una colosal borrachera quedándose dormidos como troncos. Esto era lo que esperaba Pitirriti. En cuanto vió a los elefantes en aquel estado, salió de su escondite con el hombre de las tenazas, que era el dentista más afamado de Flaculandia. El cual, en menos que canta un gallo fué arrancando los colmillos a todos los elefantes; éstos ni siquiera se movieron. ¡Tal era su borrachera!

A medida que el dentista iba extrayendo colmillos, Pitirriti los cargaba en los carros donde había traído los toneles. Luego se dirigió con ellos a un terreno donde ya fenía preparados cinco mil doscientos setenta y cinco albañiles, y así,



Los habitantes de Flaculandia eran buenos soldados

sin descansar un momento, pudo construir en el plazo fijado el palacio que le había pedido el rey.

#### V

Flacuchón XXV quedó encantado eon el palacio. En cambio, el príncipe Gordón estaba furioso, porque lo que él quería era que Pitirriti no pudiera cumplir lo que se le pedía y fuera ahorcado. Menudo sinvergüenza estaba hecho el tal Gordón. Así es que cuando vió que había fallado su plan, se fué a ver al rey y le dijo:

—Señor, ya habéis visto que el extranjero tiene un poder ilimitado. Puesto que vuestra preciosa salud empeora de día en día, y según la opinión de los médicos os pondríais bueno

si os hicieran reír, ¿por qué no le pedís esto?

—; Ay! — contestó Flacuchón vertiendo una lágrima no podrá conseguir eso; lo he intentado todo en balde.

-Señor, amenazadle de muerte y hará lo que le pidáis.

Y así fué: el rey mandó un recado a Pitirriti, diciéndole que si en el término de veinticuatro horas no le hacía reír, le haría astillas.

Al principio, Pitirriti creyó que aquello le sería fácil, y se fué a ver al rey, ante el que empezó a hacer piruetas y gestos; contó chistes, e imitó a los más graciosos payasos. ¡Pero todo fué inútil! El rey ponía una cara tan triste, que hasta el mismo Pitirriti acabó llorando como una Magdalena. Entonces el rey le dijo:

—Ya lo sabes: mañana a las doce termina el plazo. Si de aquí a entonces no me has hecho reir, servirás para encender los braseros de palacio.

Figuraos la cara que pondría Pitirriti con tal noticia.

Y reflexionando en las tristes consecuencias que para él tendría la nueva exigencia de Flacuchón XXV, caminaba cabizbajo y meditabundo. De pronto oyó una voz que decía:

## Todo se logra y alcanza con talento y con confianza

A Pitirriti le dió un vuelco el corazón, porque comprendió que el pajarito amigo no lo abandonaba. Efectivamente, allí estaba, en lo alto de una ramita, dando saltitos a la pata coja.

—Pajarito bonito, del rojo piquito, ¿sabes lo que me pasa?—dijo Pitirriti.

-Pi, pipp.. Yo lo sé todo-contestó el pajarito.

-Entonces ¿que me aconsejas?

Pues, muy sencillo, que hagas reir al rey.,

- -: Pero si eso es más difícil que aprender el alemán!
- -Ya sé que no es fácil; pero vo te voy a dar una cosa que te puede servir de mucho, si sabes sacarle partido.
  - -¿El qué es?
- -Esta varita-y al decir esto le entregó una varita muy delgada.
  - -Y esto, ¿para qué sirve?
- -Fijate: toda persona que toques con esta punta, empezará a bailar, y a la que toques con esta otra, se pondrá a cantar sin poderlo remediar. Ahora, tú verás cómo te las compones para aprovecharte de esto.
- -Y sin esperar siguiera a que Pitirriti le diera las gracias el pajarito salió volando. VI SECCION EL CHILENA EL

'Aquel día había recepción de gala en palació. Flacuchón XXV estaba más triste y de peor humor que de costumbre. Empezaron a llegar los invitados. El primer ministro de la Guerra, que por su color y su delgadez semejaba un fideo con uniforme. Con él venía su señora, que parecía una lombriz. Al poco rato el salón regio estaba lleno de invitados, tam flacos todos como alfileres.

-Señores-dijo el rey con una vocecilla desfallecida,hoy vence el plazo que otorgué al extranjero. Ahora se presentara ante nosotros, y si no consigue hacerme reir, será hecho astillas.

Todos los asistentes inclinaron las flacas cabezas en señal de asentimiento.

La puerta del salón se abrió de par en par, y un ujier gritó:

-El caballero Pitirriti.

Y apareció nuestro héroe, tranquilo y sonriente. Se acer-

có al rey, se inclinó graciosamente y dijo:

—Señor, voy a tener el honor de hacer reír a Vuestra Majestad; pero necesito tener libertad de acción.

—Puedes hacer lo que quieras; te autorizo para ello—contestó Flacuchón XXV entre dos suspiros.

Entonces Pitirriti se acercó a la esposa del ministro de la Guerra, y la tocó en un hombro con la varita que le había dado el pajarito.

Inmediatamente la señora ministra avanzó hasta el centro del salón, dando saltitos como una codorniz, y empezó a bailar una especie de polka china muy movida. La pobre señora, al notar que a pesar de su voluntad se le movían los brazos y las, piernas, ponía una cara imposible de describir. Para colmo de desgracia, con los movimientos se le desprendió la peluca y dejó al descubierto una cabeza pelada como una bola de billar. Al ver aquello, su esposo, el ministro de la Guerra, no pudo contenerse y avanzó hacia Pitirriti con el sable desenvainado, dispuesto a vengar la ofensa que hacían a su cara mitad. Pero Pitirriti, rápido como el rayo, le tocó a su vez con la maravillosa varita, y entonces el bizarro general, sin poderlo remediar, empezó a bailar una preciosa cueca.

El gran chambelán era algo pariente del ministro, y creyó de su deber intervenir en la cuestión; seguido por su mujer y sus dos hijos, se acercó muy digno y majestuoso. Entonces Pitirriti, dando la vuelta a la varita tocó al padre, a la madre y a las dos hijas con la otra punta. El efecto fué mágico. Inmediatamente el buen chambelán adoptó una postura elegante de trovador gentil, y con una vocecilla de rata resfriada se puso a cantar una romanza sentimental. Al mismo tiempo su esposa y sus hijas empezaron a lanzar notas y gorgoritos. Pero Pitirriti no paró allí. A todos los presentes les fué tocando con la misteriosa varita, y al momento unos se ponían a bailar y otros a cantar. Al final el rey y Pitirriti eran

los únicos que estaban quietos. El espectáculo era en verdad, extraordinario y fantástico.

Al principio el rey se quedó con la boca abierta al ver



Y el principe pudo casarse con su adorada Redondita

aquel espectáculo tan imprevisto; pero al fin al contemplar aquellas figuras tan absurdas y aquellos gestos tan cómicos, no pudo contenerse y soltó la más formidable carcajada que se conoce en la Historia; dos días con sus noches estuvo riendo sin poder parar.

#### VII

Vosotros ereeréis que con aquello Pitirriti conseguiría de Flacuchón lo que se proponía; esto es: que consintiese en el matrimono del príncipe Finín y de la princesa Redondita. ¡Sí, sí! ¡Bueno era el miserable Gordón para dejar que triunfara Pitirriti! Empezó a meter tal cizaña, y tantas cosas le dijo al rey, que éste decidió declarar la guerra a los hombres gordos. No contento con esta, el sinvergüenza de Gordón añadió:

—Señor, ya habéis visto el poder maravilloso de ese hombre. Así que debéis encargarle la dirección de la campaña y el mando de vuestras tropas. Obligadle a ello, y así el triunfo será seguro.

El rey siguió al pie de la letra los consejos de Gordón, y nombró generalísimo de los ejércitos flaquines a Pitirriti, advirtiéndole cariñosamente que, si no aceptaba, mandaría hacer con su cuerpo aserrín para el aseo de los gatos de palacio. El plan del príncipe Gordón era, como todos los suyos, maquiavélico.

—Forzosamente—se decía,— los gordinflones derrotarán a los flaquines, y una de dos: o el odiado Pitirriti muere en la batalla, o al verse derrotado, el rey Flacuchón mandará que le fusilen, y así me veré al fin vengado.

Efectivamente: a los dos días de haber tenido la conversación Flacuchón XXV y el príncipe Gordón, fué solemnemente declarada la guerra a los hombres gordos.

#### VIII

Y empezó la batalla. El ejército de los flaquines se hallaba situado por disposición del mariscal Pitirriti en lo alto de una montaña. Allí esperaba, a pie firme el ataque de los gordiflones, los cuales avanzaban bajo las órdenes del general Panzudo, alto prestigio militar que pesaba la friolera de 700 kilos.

Al llegar al pie de la montaña el general Panzudo gritó:

-ISoplen!

Y las doscientas mil bocas de los gordinflones empezaren a soplar con tan poderosa fuerza, que los flaquines creyeron que se había desencadenado un furioso ciclón.

Lo que pasó entonces es indescriptible.

Los pobres flaquines salieron volando por los aires.

Todo el ejército, todo se remontó por el espacio hasta perderse de vista. Sólo quedaron, en lo alto de la montaña, Flacuchón XXV, el príncipe Finin y Pitirriti. El pobre rey de los hombres flacos lloraba como un chiquillo ante la derrota de su ejército.

—Estoy a merced de mi odiado enemigo. ¿Qué va a ser de mí?— decía entre sollozos.

-Señor-dijo Pitirriti,-dejadme ir a parlamentar con el enemigo, y yo os prometo conseguir una paz honrosa.

-Haz lo que quieras, puesto que estoy perdido.

Pitirriti guiñó un ojo a Finín y se dirigió al campamento de los gordiflones.

Al poco tiempo se hallaba en presencia del rey Tripón, y le decía así:

—Ya veis, señor, que todo ha salido como yo había previsto. Esta es la ocasión de acabar con esos odios que tanto perjudican a vuestros pueblos. Imponed como condición de vencedor que se celebre la boda entre vuestra hija y el príncipe Finín, con lo que terminará todo en paz.

—Sea— dijo augustamente Tripón XVII. Y después de dicha esta palabra histórica se echó a dormir la siesta.

Pitirriti lo arregló todo. Flacuchón XXV no tuvo más remedio que ceder, y en señal de reconciliación los dos reyes se dieron un abrazo de paz ante sus ejércitos respectivos, que prorrumpieron en gritos de entusiasmo.

Redondita y Finín se casaron y fueron muy felices, con lo que todo fué paz y concordia.



rzán huía con una lanza en ano. Después de mucho codivisó a lo lejos una foga-



2.-Junto al fuego, tres indios con largas plumas en la cabeza essta, ito espantoso. Acudieron los inban charlando amistosamente.



-Tarzán le atravesó el hocico n su lanza. El cocodrilo dió un os a ver qué ocurría.



6.-Y como ese era un río sagrado para los indios, que adoraban al cocodrilo, se apoderaron de Tarzán para castigarle.



arzán no quiso hablar con y continuó su camino, hasta : a un río. A la orilla, un colo se paseaba como por su



4.—Al ver a Tarzán, el coco odrilo abrió el hocico, tratando de c darse s piratas, apareció en una canoa con él un banquete magnifico 0.



-Mientras tanto, Chascón, que había despedido de sus amigos avegando por el río sagrado.



8.-Al verlo venir sin que el cocodrilo diera muestras de inquietud, los indios le hicieron una reverencia a Chascón y le pidieron que juzgara a Tarzán...

'é hará Chascón con su enemigo?... Esto hay que averiguarlo el Jueves

## La maravillosa historia de las tres ranas

Pues, señor: este era un bosque espeso, con un lago en medio y la luna redonda y blanca en el cielo, iluminando el agua y los árboles.

Al borde del gran lago estaban puestas en fila más de mil ranas cantando la canción de la noche; los sapos sonaban sus flautas y los grillos rascaban sus hélitros para llevar el compás.

Todos los árboles del bosque cabeceaban diciendo que sí, que sí, que aquello estaba muy bien y la gran orquesta del lago se oía desde muy lejos.

Sólo una rana no cantaba, y se marchó de la fila, dando largas zancadas, hasta llegar al límite del bosque, donde empezaba el desierto de arena. Allí se encontró con otras dos ranas, sentadas y con los brazos sobre la barriga, que miraban tristemente a la luna.

- -¿Por qué no te quedas con la orquesta?—le pregunta-
- —Porque me canso de cantar. Es muy aburrido ser rana, y yo no sirvo para esto. ¡Ay! Yo no he sido rana hasta ahora.
  - -¿Pues quién eres tú-preguntó una de las ranas.
  - -Yo soy el principe Heliotropo. ¡Ay de mí!
- —¡Ah!—dijeron admiradas las ranas, haciendo reveren-

De pronto una de ellas explicó:

—Yo tampoco soy lo que parezco, amado principe. Soy Fabricio, el hijo del lapidario del rey, y más de una vez he



Las tres ranitas comenzaron a contarse sus desgracias

visto a vuestra alteza cuando iba a palacio con mi padre.

- -¿Por qué te has convertido en rana?—preguntó la ranita verde.
- —Es largo de contar. Mi padre recibió un día el encargo de tallar un diamante que había regalado el rey de Persia al rey, vuestro padre, príncipe Heliotropo. El diamante era gordo como una nuez, y tan hermoso que no había otro semejante en el mundo. Cuando mi padre estaba tallando el diamante con todo cuidado, le llamó un parroquiano, y me dejó al cuidado de la piedra preciosa.
  - -¿Y qué pasó?-preguntaron las dos ranas, curiosas.
- —Pues que como mis amigos jugaban en la calle y yo me moría de impaciencia por que vieran el diamante, no pude resistir la tentación y salí a enseñárselos. ¡Nunca lo hubiera hecno! Todos quisieron contemplarle en su mano; fué de unos en otros, y cuando quise volver a mi casa se había perdido para siempre.
- ¡Oh, qué desgracia tan grande,—se lamentó la ranapríncipe!
- —¡Ya lo creo! Mi padre me echó de casa, diciendo: "Márchate, miserable renacuajo, y no vuelvas a presentarte ante mí hasta que traigas el diamante." Entonces quedé convertido en renacuajo, y caí en el arroyo de la calle, del arroyo pasé al río, y desde allí al lago, donde hace siete años que vivo.
- —; Desdichado de mí— volvió a gritar el príncipe—que por culpa tuya me encuentro en este estado! Has de saber que el diamante era para mí, y mi padre, el rey, había prometido regalármelo el día de mi cumpleaños. Cuando mi padre me dijo que se había perdido, no lo creí, pensando que era una disculpa por no dármelo, y contesté irrespetuosamente. La maldición del rey, irritado, me convirtió en una rana. Salté al estanque; pero una nube me arrojó a este bosque, donde vivo hace siete años.

Al acabar la relación, las dos ranas prorrumpieron en tan dolorosos gemidos que partía el corazón mirarlas, y la ranita verde lloró hilo a hilo largo rato. Al fin, dijo:

- —No lloréis más. Yo tengo el remedio que ha de curaros porque tampoco yo soy lo que parezco.
- —¿Pues quién eres?—preguntaron las ranas, dejando de llorar.
- —Soy Florinda, la hija del guardabosque del rey. Una vez cada cien años, el rey, con toda su corte, pasa por la puerta de nuestra cabaña y enriquece al guardabosque y a toda su familia, trasladándolos a palacio y colmándolos de riquezas. Cien años hacía que no pasaba el rey, y todos los días, cuando mi padre se iba a recorrer las posesiones reales, me advertía que no saliera de nuestra cabaña y que esperara con la puerta abierta y vestida con el traje de los domingos la visita que nos haría ricos. Un día quienes pasaron por mi casa fueron un ciego que iba a las ferias y una chica que le acompañaba cantando canciones. Les dí leche y pan, como solía hacer mi padre, y como no podían detenerse, les acompañé largo rato por el bosque. Al despedirse me regalaron una piedra de cristal reluciente que brillaba como el mismo sol.

Volvía yo con ella en la boca, saltando a la pata coja, cuando encontré a mi padre, ciego de furor.

- —¿Sabes que ha pasado el rey por nuestra casa y la ha hallado vacía? ¿Sabes que no volverá a pasar en cien años? ¿Sabes que ya seremos siempre pobres y desdichados? ¡Por tí, estúpido renacuajo, hemos perdido la única ocasión que el destino nos ofrecía de ser felices! No vuelvas por aquí hasta que el rey pase otra vez.
- Me convertí en renacuajo de gorda cabeza, porque en la boca llevaba el sol reluciente de cristal, y con él llegué al lago donde se me cayó. Han pasado siete años, y sé que mi padre llora por las noches oyendo cantar a las ranas; pero

visto a vuestra alteza cuando iba a palacio con mi padre.

- —¿Por qué te has convertido en rana?—preguntó la ran; ta verde.
- —Es largo de contar. Mi padre recibió un día el encargo de tallar un diamante que había regalado el rey de Persia al rey, vuestro padre, príncipe Heliotropo. El diamante era gordo como una nuez, y tan hermoso que no había otro semejante en el mundo. Cuando mi padre estaba tallando el diamante con todo cuidado, le llamó un parroquiano, y me dejó al cuidado de la piedra preciosa.
  - -¿Y qué pasó?-preguntaron las dos ranas, curiosas.
- —Pues que como mis amigos jugaban en la calle y yo me moría de impaciencia por que vieran el diamante, no pude resistir la tentación y salí a enseñárselos. ¡Nunca lo hubiera hecno! Todos quisieron contemplarle en su mano; fué de unos en otros, y cuando quise volver a mi casa se había perdido para siempre.

¡Oh, qué desgracia tan grande,—se lamentó la ranapríncipe!

- —¡Ya lo creo! Mi padre me echó de casa, diciendo: "Márchate, miserable renacuajo, y no vuelvas a presentarte ante mí hasta que traigas el diamante." Entonces quedé convertido en renacuajo, y caí en el arroyo de la calle, del arroyo pasé al río, y desde allí al lago, donde hace siete años que vivo.
- —¡Desdichado de mí— volvió a gritar el príncipe—que por culpa tuya me encuentro en este estado! Has de saber que el diamante era para mí, y mi padre, el rey, había prometido regalármelo el día de mi cumpleaños. Cuando mi padre me dijo que se había perdido, no lo creí, pensando que era una disculpa por no dármelo, y contesté irrespetuosamente. La maldición del rey, irritado, me convirtió en una rana. Salté al estanque; pero una nube me arrojó a este bosque, donde vivo hace siete años.

Al acabar la relación, las dos ranas prorrumpieron en tan dolorosos gemidos que partía el corazón mirarlas, y la ranita verde lloró hilo a hilo largo rato. Al fin, dijo:

- —No lloréis más. Yo tengo el remedio que ha de curaros porque tampoco yo soy lo que parezco.
- —¿Pues quién eres?—preguntaron las ranas, dejando de llorar.
- —Soy Florinda, la hija del guardabosque del rey. Una vez cada cien años, el rey, con toda su corte, pasa por la puerta de nuestra cabaña y enriquece al guardabosque y a toda su familia, trasladándolos a palacio y colmándolos de riquezas. Cien años hacía que no pasaba el rey, y todos los días, cuando mi padre se iba a recorrer las posesiones reales, me advertía que no saliera de nuestra cabaña y que esperara con la puerta abierta y vestida con el traje de los domingos la visita que nos haría ricos. Un día quienes pasaron por mi casa fueron un ciego que iba a las ferias y una chica que le acompañaba cantando canciones. Les dí leche y pan, como solía hacer mi padre, y como no podían detenerse, les acompañé largo rato por el bosque. Al despedirse me regalaron una piedra de cristal reluciente que brillaba como el mismo sol.

Volvía yo con ella en la boca, saltando a la pata coja, cuando encontré a mi padre, ciego de furor.

- —¿Sabes que ha pasado el rey por nuestra casa y la ha hallado vacía? ¿Sabes que no volverá a pasar en cien años? ¿Sabes que ya seremos siempre pobres y desdichados? ¡Por tí, estúpido renacuajo, hemos perdido la única ocasión que el destino nos ofrecía de ser felices! No vuelvas por aquí hasta que el rey pase otra vez.
- Me convertí en renacuajo de gorda cabeza, porque en la boca llevaba el sol reluciente de cristal, y con él llegué al lago donde se me cayó. Han pasado siete años, y sé que mi padre llora por las noches oyendo cantar a las ranas; pero



Así quedó todo arreglado y la felicidad reinó en los corazones.

no podré volver a mi forma primitiva mientras el rey no pase otra vez por mi puerta.

Las dos ranas, que habían escuchado atentamente, temblando de emoción, se dirigieron desatinadas hacia el lago, seguidas por la ranita verde.

En cuanto estuvieron en el borde, Fabricio se lanzó de cabeza en las aguas, y buceó, mientras el príncipe y la ranita Florinda lo contemplaban desde la orilla.

-¡A la derecha! ¡Un poquito más hacia la izquierda!

Buceó, nadó, saltó en todas direcciones, y varias vecessalió rendido a la orilla, y otras tantas se tiró debajo del agua, hasta que una vez, en lugar de la rana gorda y con pintas en la barriga, salió Fabricio, el hijo del lapidario, tan gentil mancebo que no había más que ver, y con el diamante maravilloso en la mano.

—Ahora meteos en mis bolsillos y vamos al palacio del rey a llevar el diamante.

El príncipe, sin hacerse de rogar, y sin más remilgos, aunque era tan alto personaje, se acomodó en el bolsillo de la chaqueta, y la ranita Florinda, toda modesta, se hizo un ovillo en un rincón del zapato.

Fabricio caminó toda la noche por el desierto de arena, y al amanecer llegó al palacio del rey.

—Traigo el diamante mayor del mundo, que se perdió hace siete años.

Gracias a estas palabras le fueron abiertas las puertas de palacio, y el mismo rey, sentado en su trono, le recibió emocionado, dejando caer de sus ojos un mar de lágrimas al ver el diamante.

—¡Pobre hijo mío!—se lamentó—. Ya no te veré más por mi insensata maldición. Si ahora me oyeras, recibirías el regalo que aquel día no pude darte, y mi bendición con él.

En el mismo momento, la rana que estaba en el bolsillo de Fabricio saltó al suelo y se convirtió en el príncipe Heliotropo, vestido de terciopelo verde con espada de oro y gorro de plumas.

Y así como abrazó a su padre, le dijo:

—Un favor te pido, padre mio. Que pases por la puerta del guardabosque para hacer la merced acostumbrada.

# LUCERITO WATT les avisa que en el próximo número abrirá un interesante concurso VEA LA PAGINA 29

—Hijo mío, hace siete años pasé, y encontré desierta la casa. No es posible volver a pasar hasta que los cien años se hayan cumplido.

El príncipe insistió: volvió el padre a negar débilmente; se habló de Florinda, la ranita verde que llevó el diamante hasta el lago.

Y mientras hijo y padre discutían, Fabricio corrió a abrazar al suyo y a llevar la rana de su bolsillo a la casa del bosque, donde el pobre guarda lloró amargamente al ver a su hija convertida en un pobre animalito.

Lamentándose tristemente estaba cuando oyeron los clarines de la Caballería, y vieron venir al rey montado en un caballo blanco, seguido del príncipe Heliotropo.

En el mismo instante que el rey se apeaba de su caballo, a la puerta de su cabaña, se vió aparecer en el lugar en que estaba la rana un hermosa muchacha rubia, que era Florinda, con sus trenzas de oro y su corpiño ajustado.

Tan hermosa era, que el príncipe declaró allí mismo que moriría de dolor, y preferiría ser otra vez rana, si no se casaba con la hija del guardabosque.

Y el rey, teniendo en cuenta el gran servicio que habían recibido de la muchacha, dió su consentimiento, y un mes después se celebraron las bodas con tantos y tan grandes festejos que no se recuerda nada parecido.

Fabricio, con traje de raso encarnado y con espada al cinto, fué el padrino, y el rey le hizo conde y le casó con la más bonita dama de la corte.

PARTICIPE EN NUESTRO CONCURSO Y ES-

TARA FELIZ EN SEPTIEMBRE



Felito, un gato de albo pela e y ojillos celestes, muy orgulloso de su raza y de su condición, se hallaba echado en el alféizar de la ventana para ver pasar la gente, cuando vió no lejos de sí a un gatazo negro, que lo miraba con curiosidad. Creyó admirada su belleza y se esponjó cuanto pudo, haciéndose el desentendido y dándose la mayor importancia. Así parece que lo entendió el gatazo, cuando éste le dijo:

- —¡Hola, hola, aristocrático amigo! Conque... ¿se presume, eh?
- —¡Psch!—contestó el gatito—. Estaba tomando un rato el aire y el sol.
  - -Pues eso es lo que hago yo a todas horas
  - -¿A todas horas?
- —¡Como extrañarme, no! Pero, vamos, me parece que tus amos te dan demasiado larga.
  - -¿Mis amos? Yo no tengo amos, ;soy libre!
  - Caray! ¿Pues quién te da de comer?
- -¡Qué preguntas tienes, angelito! Yo como cuando me da la gana, sin esperar a que nadie me lo dé.
- —¡Qué suerte la tuya! Yo, en cambio, tengo que esperar a que mis amos se les antoje darme.

- -¿Y comes bien, siquiera?
- —Psch! Algunas veces; otras, me dan unos guisotes que... ¡p'al gato!
  - -¿Para qué gato?
- —No sé, esto se lo oigo decir a los piños cuando no quieren una cosa. En cambio, tengo que soportar los tirones de rabo y orejas que me dan los penecas; pero lo que más me carga es una vieja que se empeña en retenerme a sus pies cuando está cosiendo.
- —Se conoce que eres un inexperto. Yo, en cambio, hago lo que quiero, como lo quiero, cuando quiero y en donde se me antoja.
  - -¿También comes filetes?

¡Anda! Filetes y sardinas a tolo pasto.

- —¡Caramba!—dijo nuestro gatito, que se iba entusiasmando—. Bien podrías comunicarme el secreto para darse tan buena vida.
- —Pues mira—respondió el gatote—,te vienes conmigo y yo te ayudaré.
  - Y comeré filetes y sardinas, sin que me den las raspas?
  - -Clarito, compañero, y merluza y todo lo que quieras.

-¡A los tres!

Y de un salto se colocó nuestro Felito en el tejado.

- —¿Cómo te llamas?—le preguntó el gato negro al echar a andar juntos.
  - -¿Yo?, Felito, ¿y tú?

-¿Yo?..., Morrongo...

- -Oye, ¿y dónde vamos a dormir esta noche?
- —En el tejado.
- -¿Hay almohadones?
- -No; pero sin embargo duermes a la luz de la luna.
- Tú has visto algo más suave que la luz de la luna?
- -Si, es verdad.

Y los nuevos amigos, conversando y conversando, llegaron a un tejado donde había la mar de gatos. Los había grises, atigrados, negros y rojos. Tenían todos cara de vagabundos, y esto no le agradó mucho a Felito.



Había muchos gatos extraños en e te ado.

-Oye, oye, Morrongo, qué gentuza es ésta?

—No hagas caso, es buena gente. Entre ellos, claro está, suele haber algún pilluelo, porque tienes que darte cuenta de que estás en el tejado; pero son incfensivos, ¿sabes?

No quedó muy convencido el minino de las explicaciones de su amigo; pero, en fin, como a todo hay que amoldarse en este mundo, *Felito* se fué acostumbrando a vivir entre esa gente, con prudencia, eso sí, y así pasó una noche y otra y otra...

La verdad es que a *Felito* no le agradaba mucho la vida al aire libre, pues si bien se comía a costa de las cocineras que dejaban las carnes y los pescados en la ventana, esto costaba lo suyo, ya que se exponía a un palo o a que le echaran agua hirviendo. Además una vez que se vió en un espejo, atisbando por un tragaluz, se horrorizó de la facha que tenía; sucio, enmarañado su pelaje tan bonito que tenía... Y le dió mucha pena, mucha pena de verse solo. Eso sí que Morrongo era un gran amigo, pero un amigo verdadero. Muchas veces lo protegió de las zarpas de algún pendenciero y muchas otras le trajo alimento, pues comprendía lo poco avezado que estaba a ganarse el sustento por sus uñas.

Un día, joh, qué día!, vió una gatita blanca, como él, que estaba tomando el sol sobre una barandilla, jqué linda era la gatita! Y Felito se quedó mirándola escondido detrás de una teja que estaba levantada, porque le daba mucha verguenza que la gatita lo viese. Todas las noches, todas, iba el minino con Morrongo—que ya conocía su secreto— a ver desde el escondite a la gatita linda, que tomaba el fresco en la barandilla de siempre.

Sin embargo, nuestro gatito no era feliz del todo, porque veía pasar muy continuamente a otro cerca de ella, y esto le daba mal espina. A *Morrongo* no le gustaba mucho tampo-

No se equivocaban en sus temores. Una noche vieron los dos amigos cómo el intruso se acercaba a la gatita y le decía no sé qué.

Felito se entristeció al principio; pero como notara que la gatita se sentía molesta con la presencia del galán, se lanzó bufando contra el adversario.

Y aquí fué Troya, pues un pariente del gato salió en su defensa, y Morrongo, viendo a su amigo contra dos, intervino también. Yo no sé de dónde salió tanto gato. El caso es que se armó una trifulca de maullidos y bufidos que metía miedo. El que más pegaba era Morrongo. ¡Qué manera de pegar, de saltar y dar arañazos!... Felito se fué al lado de la gatita para protegerla, y al que osaba acercarse, le pro-

pinaba tal arañazo, que lo hacía rodar por el tejado. Y la gatita se sentía orgullosa de tener a su lado a un gato tan arrogante y tan valiente.

. .

Cierto día, los antiguos amigos de Felito lo vieron venir por el tejado.

- Felito! Viene Felito!-gritaban.

En efecto el gatito aristocrático volvía a su nido, pero no solo. Detrás de él venía una gatita blanca con un lacito celeste al cuello, y detrás de la gata..., uno, dos, tres..., hasta cinco gatitos que venían detrás de la mamá, con los rabitos levantados. Porque Felito sería un granuja; pero cuando fué papá de los cinco minúsculos felinos comprendió que era su deber cuidarlos y que sus pequeños necesitaban el calor de los almohadones, y por eso volvió al hogar.

Desde aquel día, a Felito le llaman Don Félix, y se echa, roncando de contento, sobre los almohadones, mientras la gatita cuida de los pequeños, que juegan a enredarle a la vieja los ovillo de lana.

Y todas las noches baja por el tejado el gato Morrongo, que viene a contarles cuentos a la luz de la luna a los cinco gatitos chiquititos.



### LUCERITO WATT

les pide que no dejen de ver el número siguiente.

## EL TORDITO PIRATA

Dumba-Rá andaba con un trapo rojo en la cabeza, con un cuchillo en la cintura y su paso era bamboleante como el de los osos que acompañan a los gitanos. Un día, Dumba-Rá necesitó dinero. Como su barco estaba anclado en la bahía de las Siete Estrellas, bajó a tierra, dispuesto a conseguirse de cualquier manera algunos billetes que le permitieran beber una copita de ron. Del barco se llevó una jaula dorada. Dentro, un tordo muy negro miraba a uno y otro lado, con toda seriedad.

Anduvo Dumba-Rá por las calles del puerto. De repente se encontró con una elegante y bella señora. Le vendió el tordo y se alejó silbando una canción tremendamente bulliciosa.

La señora se llevó el tordo a su casa y lo puso entre los demás pájaros que poseía.

Los pájaros temblaron al darse cuenta de que el nuevo compañero era nada menos que un pirata. Pero llenos de curiosidad, se acercaron más y más al tordo y le pidieron que les contara su historia. El tordo no se hizo de rogar. Les contó tantas cosas entretenidas, que esa noche, escuchándole, ningún pájaro quiso dormir. Todos se encantaron con el pirata. Y todos desearon escapar de la jaula, para ir en busca de aventuras por el ancho mundo.

El tordo pirata fué el jefe de la insurrección. En cuanto a la mañana siguente vino una criada trayéndoles alimentos, los pájaros saltaron sobre ella y, como la puerta de la jaula estaba abierta, huyeron en bandadas.

Mientras tanto, el barco de Dumba-Rá había salido del puerto. Lejos, en alta mar, se divisaba su bandera negra.

Casi todos los pájaros se asustaron. El barco pirata estaba muy lejos y ellos le tenían un miedo tremendo a l mar. De manera que resolvieron volver a su antigua jaula. El



La señora compró la jaula y se marchó a casa

tordo pirata, al oírles, les miró de alto abajo y les dijo:

—; Cobardes! ¡No merecéis la libertad! ¡Id de nuevo a yuestra jaula dorada y morid ahí de puro viejos!

En seguida echó a volar. Voló siete horas, sin descanso, hasta que llegó al barco y se posó en el hombro de Durba-Rá. El pirata, al ver a su tordo, se alegró mucho y desde entonces no volvió a venderlo. El tordo siguió acompañándole y vivió tantas aventuras que, cuando envejeció, pudo pasar tres años enteros contándoselas, sin parar, a sus nietecitos, unos tordos tan negros como el abuelo.

## EL CONCURSO de CHASCON

CHASCON invita a todos sus lectores a participar en su Concurso. Ya hemos dicho de qué se trata. Lo repetiremos ahora, brevemente:

CHASCON publica, todas las semanas, un cuadro numerado, que se llama "Página del Concurso". Los lectores tienen que colorarlo y enviarlo en seguida con su nombre y dirección a REVISTA CHASCON — Casilla 63-D.

Aparecerán 16 de estos cuadros. Se dará buenos premios. La lista de premiados se publicará en el número del 17 de Septiembre.

El Primer Premio consiste en una hermosa bicicleta que se exhibe en las vidrieras de la Editorial Ercilla (Agustinas 1639). Obtendrá este premio el que colore mejor los 16 cuadros.

Habrá más de 100 premios muy interesantes para los que hayan colorado un poco menos bien estos cuadros del concurso, como asimismo para los que no envíen sino algunos. A estos últimos concursantes se les exigirá que sea excelente la coloración de los cuadros que envíen.

Póngase, pues, al trabajo y trate de ser el que mejor colore los 16 cuadros de la Página del Concurso.

## Página del Concurso

(CUADRO N.º 6)



Envie este cuadro, con su nombre y dirección a esta revista, después de pintarlo como mejor le parezca. Puede ganarse un buen premio.

"Mejor Luz Mejor Visión"

## LA DISTANCIA DE 35 CMS.

es justo la que necesitan



La iluminación deficiente obliga muchas veces al niño a aproximar el libro a los ojos, acercándolo a una distancia mucho menor que la normal para leer—es decir 30 ctms. Esto causa daño a la vista y por eso aconsejamos que se vigile la clase de luz que usa la criatura para leer.

Sus hijos podrán progresar en sus estudios y prevenir futuras enfermedades de la vista si Ud. dedica AHORA toda su atención a la iluminación de su hogar.

Compañía Chilena de Electricidad, Limitada